

La Calle para el miércoles 20 de octubre 2010
Diario de un espectador
Murrieta y Dehesa.
Miguel ángel granados chapa.

Ante el ejemplo de su "amigo xalapeño", Humberto Murrieta ha declarado en público que padece un cáncer. Lo hace en un jocundo, jolgorioso, responso, a la manera jarocho, a Germán Dehesa. Su texto aparece puntual, sobrio y severo, pero no menos sentido del de Federico Reyes Heróles, en el número de octubre de la revista *Este País, tendencias y opiniones*.

Murrieta cumplió una larga trayectoria en un prestigiado despacho profesional de contaduría. Y al jubilarse, en un gesto que no asumiría un espíritu menos dotado para la vida que el suyo, emprendió una nueva carrera, esta vez en los negocios públicos. Puso sus afinadas destrezas contables al servicio primero de la Cámara de diputados y después del Instituto de protección al ahorro bancario (IPAB).

Leamos el modo en que evoca a Germán Dehesa, muerto el primero de septiembre. Lo haremos hoy y mañana:

"No era xalapeño, yo tampoco lo soy. Nací en Tacuba, él en Tacubaya diez años después; pero el amor a Xalapa, a Veracruz todo y en particular a Tlacotalpan y sus fiestas de La Candelaria en su parte hermosa, fue la argamasa que nos unió. Tuve noción de que existía a eso de los tres años en Xalapa y de ahí salí, ya madurito, a continuar mis estudios en la UNAM, iniciados en la Universidad Veracruzana. Él lo era por amor y ascendencia; don Teodoro A. Dehesa al frente, gran mecenas de las artes, gobernador porfirista de 1892 a 1911 (cinco periodos ¡faltaba más!). Poco pendejo –así decimos los jarochos- renunció a la gubernatura ocho días antes que don Porfirio a la presidencia.

"Nuestro *xalapeñismo* es superior, ya dije, dado que es por amor, por adopción consciente, razonada. Pero nos unían muchas cosas más: sabíamos reírnos en el momento menos correcto; fanáticos de los Pumas, el buen whisky, la lectura, la trova, el arpa, las jaranas, en especial la Bruja; la explosión de la jacarandas y la vitalidad de las bugambilias; la belleza; Tlacopac, nuestro apacible barrio. Para acabar pronto, nos unía el cáncer. Me decía: 'somos dos finísimo cuartos de milla que estamos enfrascados en fraternal carrera parejera'. Me ganó.

"Mi primer contacto personal con Germán fue en junio de 1994. Juan Antonio Pérez Simón (entonces director de Telmex) invitó a comer al Consejo de la revista *Este País* y nos tocó

sentarnos juntos. 'Un xalapeño que se respete –le dije- no escribe Xalapa con jota'. Y de ahí pal' real. Al día siguiente en su Gaceta del Ángel lo narró presentándome como su amigo xalapeño; tiempo después también fui el Benemérito. Así era, él buscaba si era el caso, acogía y después era congruente y consistente cumpliendo espléndidamente con las cuatro dimensiones de la fidelidad mencionadas por Juan Pablo II en su inolvidable mensaje en la Catedral de México en su primer viaje. Su fidelidad era inmanente y a todos nos hacía sentirnos como sus consentidos, con el mérito de que sin celo alguno, todos nos lo creíamos. Su frase final en toda conversación telefónica era 'te quiero mucho'.

"Entrañable seductor, ángel crítico, revisor cotidiano de México, cronista infaltable, humor ilustrado, el hombre que más dominaba el castellano, conecedor de la armonía de las palabras y más, mucho más –que siempre será de menos- se ha dicho ahora de Germán, con énfasis vehemente en su trabajo como escritor /cronista, que eso es lo más destacado de su obra. Pero han sido relativamente escasas las remembranzas a su enorme generosidad, de la que tuve el privilegio de ser testigo y comparsa...".